

Neil Gaiman

MATERIAL SENSIBLE

Cuentos breves y otras perturbaciones

Traducción del inglés de
Laura Fernández



Traducción del inglés de Laura Fernández
Traducción del inglés del relato titulado
«La joven durmiente y el huso» de Mónica Faerna

Título original: *Trigger Warning*

Ilustración de la cubierta: *The Night Life of Trees*, de Bajju Shyam
© Tara Books, 2006

Copyright © Neil Gaiman, 2015
Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Las páginas 393-396 son una extensión de esta página de créditos.

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.
Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-736-0
Depósito legal: B-10.404-2016

1ª edición, junio de 2016
Printed in Spain

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1
Capellades, Barcelona

No sé cómo terminé con un agente de Hollywood honrado que lee libros por placer, pero así fue, hace dieciocho años. Ese hombre sigue siendo mi agente, sigue siendo honrado y sigue disfrutando de los cuentos por encima de todo. Este libro de cuentos es para Jon Levin.

Índice

<i>Introducción</i>	11
Cómo montar una silla	43
Un laberinto lunar	47
Lo que pasa con Cassandra	57
En la oscura profundidad del mar	79
«La verdad es una cueva en las montañas negras...»	83
Mi última casera	117
Una historia de aventuras	123
Naranja	129
Un calendario de cuentos	141
El caso de la muerte y la miel	173
El hombre que olvidó a Ray Bradbury	197
<i>Jerusalén</i>	205
Clic-Clac, el sonajero	215
Un conjuro contra la curiosidad	221
«Y llora, como Alejandro»	237

Las nada en punto	243
Diamantes y perlas: un cuento de hadas	279
El retorno del delgado duque blanco	283
Terminaciones femeninas	297
Ceñirse a las formalidades	305
La joven durmiente y el huso	309
El oficio de bruja	339
En <i>Relig Odbráin</i>	341
Black Dog	345
<i>Créditos</i>	393

Introducción

I. PEQUEÑOS DETONANTES

Hay cosas que nos perturban. Aunque aquí no hablamos exactamente de eso. Estoy pensando, más bien, en esas imágenes, palabras o ideas que se abren como trampillas bajo nuestros pies, arrancándonos de la seguridad y la cordura de nuestro mundo para arrojarnos a un lugar mucho más oscuro y menos acogedor. Se nos acelera el corazón con un redoble y tenemos que esforzarnos para recuperar el aliento. La sangre abandona nuestros rostros y dedos, y nos quedamos pálidos, jadeantes, conmocionados.

Y lo que aprendemos sobre nosotros mismos en esos momentos, justo cuando se ha activado el detonante, es esto: el pasado no ha muerto. Hay cosas que nos aguardan, con paciencia, en los pasillos oscuros de nuestra vida. Creemos haberlas superado, haberlas olvidado, creemos que las hemos dejado ajarse y marchitarse y que se las ha llevado el viento, pero nos equivocamos. Estaban esperándonos en la oscuridad, entrenando, ensayando sus golpes más demoleedores —esos puñetazos salvajes, duros y cortantes, directos al estómago—, matando el tiempo hasta que volviéramos a pasar por allí.

Los monstruos que se esconden en nuestros armarios y en nuestras cabezas siempre están en la oscuridad, son

como el moho que se acumula bajo los tablones del suelo y tras el papel pintado de la pared; y hay mucha oscuridad, una reserva inagotable de oscuridad. Al universo le sobra noche. ¿De qué es tan necesario advertirnos? Cada uno tiene sus pequeños detonantes.

Tropecé por primera vez con la expresión *Aviso: material sensible* navegando por internet, donde se utiliza sobre todo para advertir a los internautas acerca de los enlaces, las imágenes o ideas que podrían perturbarlos y desencadenar recuerdos traumáticos, ansiedad o terror, y se los avisa para que puedan filtrar esas imágenes o ideas o para que quien lo lea pueda prepararse mentalmente antes de encontrárselas.

Me fascinó descubrir que las advertencias de ese tipo habían cruzado la línea divisoria entre internet y el mundo de las cosas tangibles. Me contaron que algunas universidades estaban considerando la posibilidad de poner avisos acerca de la presencia de ese material sensible en libros, obras de arte o películas para advertir a los estudiantes de lo que les esperaba, una idea que me pareció atractiva —por supuesto, todos queremos que quien sea susceptible de perturbarse sepa con anticipación que lo que tiene entre manos podría ocasionarlo— y al mismo tiempo muy preocupante: cuando escribí *Sandman* y se publicaba como cómic mensual, cada número llevaba una advertencia que decía: «recomendado para lectores adultos», lo cual me pareció acertado. De este modo, se informa a los lectores potenciales de que no están ante un cómic para niños y de que puede contener imágenes o ideas que tal vez les resulten perturbadoras, y además se sugiere que si eres adulto (cualquiera que sea el significado de esa palabra), eres responsable. En cuanto a cuál sería el elemento concreto que pudiera perturbarlos, asustarlos o hacerles pensar en algo por primera vez, me parecía que eso era asunto de cada cual. Somos adultos, decidimos qué deseamos leer y qué no.

Yo creo que las cosas que leemos de adultos deberíamos leerlas sin advertencias o avisos que, en todo caso, vayan más allá de un «por tu cuenta y riesgo». Debemos averiguar qué es la ficción, qué significa para nosotros, pues nuestra experiencia del relato no tendrá nada que ver con la que pueda tener otra persona.

Construimos las historias en nuestra mente. Seleccionamos las palabras, les otorgamos poder y miramos a través de otros ojos, y de ese modo vemos y experimentamos lo que ven otras personas. Y yo me pregunto: ¿son los relatos de ficción lugares seguros? Y entonces dudo: ¿deberían serlo? Después de leer algunas de las historias que leí de niño desee no habérmelas encontrado nunca, porque no estaba preparado para asimilarlas y me perturbaron: historias que hablaban de desamparo, en las que aparecían personas a las que se ridiculizaba, o mutilaba, donde los adultos se sentían vulnerables y los padres no eran de ninguna ayuda. Me inquietaron y aparecieron en mis pesadillas y en mis ensoñaciones, me preocuparon y me perturbaron profundamente, pero también me enseñaron que, si iba a leer historias de ficción, a veces sólo me sería posible descubrir mi zona de confort saliendo de ella; y ahora, como adulto, no eliminaría la experiencia de haberlas leído aunque pudiera hacerlo.

Todavía hay cosas que me perturban profundamente cuando me topo con ellas, ya sea en internet, impresas o en el mundo. Por mucho tiempo que pase no me resultan más sencillas, siguen acelerándome el corazón, nunca me permiten salir indemne de ellas, ni siquiera una vez. Pero me enseñan cosas y me abren los ojos y, si me duelen, lo hacen de maneras que me obligan a pensar, crecer y cambiar.

Mientras leía acerca de las discusiones universitarias, me pregunté si algún día la gente pondría un aviso de material sensible en mis obras de ficción. Me pregunté si estaría justificado que lo hicieran. Y entonces decidí anticiparme.

En este libro encontraréis cosas, como en la vida, que podrían perturbaros. En estas páginas hay muerte y hay dolor, lágrimas y desazón, violencia de todas clases, crueldad, incluso abuso. También hay bondad, espero, de vez en cuando. Incluso unos cuantos finales felices. (La verdad es que hay pocos relatos que acaben mal para todos los personajes.) Pero aún hay más: conozco a una mujer llamada Rocky a quien le perturban los tentáculos, y que realmente necesita una advertencia si va a aparecer alguna criatura con tentáculos, sobre todo si éstos tienen ventosas, y que, si se encuentra con un trozo inesperado de calamar o de pulpo, se esconderá, temblando, detrás del sofá que tenga más cerca. Hay un tentáculo enorme escondido entre estas páginas.

Muchas de estas historias acaban mal para, por lo menos, uno de sus protagonistas. Estáis avisados.

II. INSTRUCCIONES DE SEGURIDAD PREVIAS AL DESPEGUE

A veces las mayores verdades se dicen en los contextos más inesperados. Yo vuelo demasiado, y ése es un concepto y una frase que habría sido incapaz de comprender cuando era joven, cuando todos los viajes en avión eran excitantes y milagrosos, cuando me quedaba mirando por la ventanilla las nubes que flotaban por debajo del avión y me imaginaba que eran una ciudad, o un mundo, un lugar por donde podría caminar sin miedo. Y, sin embargo, justo antes de despegar, me sorprende pensando y reflexionando sobre la información que ofrecen las azafatas de vuelo como si fuera un *koan* o una parábola minúscula, o el exponente máximo de la sabiduría.

Esto es lo que dicen:

«Póngase la máscara de oxígeno antes de ayudar a los demás.»

Y yo pienso en nosotros, en todas las personas, y en las máscaras que llevamos, en las máscaras tras las que nos escondemos y en las máscaras que enseñamos. Imagino a la gente intentando ser lo que realmente es, y descubriendo que los demás son mucho más y mucho menos de lo que ellos mismos habían imaginado o de cómo se habían mostrado ante los demás. Y entonces pienso en la necesidad de ayudar a los otros, y en cómo nos ocultamos tras una máscara para hacerlo, y en que quitarnos la máscara nos vuelve vulnerables...

Todos llevamos máscara. Eso es lo que nos hace tan interesantes.

Estas historias tratan sobre esas máscaras y sobre las personas que nos ocultamos tras ellas.

Nosotros, los escritores, que vivimos de la ficción, formamos parte de un continuo que incluye todo lo que hemos visto y oído y, más importante aún, todo lo que hemos leído.

Tengo amigos que truenan, vociferan y explotan de frustración porque los lectores no conocen las referencias, no comprenden lo que se les está indicando, han olvidado autores, historias y mundos. Yo suelo verlo desde otra perspectiva: yo también fui un pedazo de pergamino en blanco esperando a que escribieran en él. Gracias a las historias ajenas aprendí sobre las cosas y las personas, y gracias a ellas aprendí también sobre otros autores.

Muchas de las historias de este libro, tal vez la mayoría, forman parte de ese continuo. Existen porque han existido otros escritores, otras voces, otras mentes. Espero que no os importe si aprovecho la oportunidad que me brinda esta introducción para señalarlos algunos escritores y lugares sin los cuales quizá estos cuentos jamás hubieran visto la luz.

• • •

III. LA SUERTE DEL AZAR

Ésta es mi tercera colección de cuentos y soy muy consciente de la suerte que tengo.

Yo me crié amando y respetando los cuentos. Me parecía que eran las composiciones más puras y perfectas que podía crear un ser humano: en los mejores no sobraba ni una sola palabra. Un escritor movía la mano y de repente aparecía un mundo, y en él había personas e ideas. Un planteamiento, un nudo y un desenlace que te llevarían de viaje por todo el universo y te traerían de vuelta a casa. Me encantaban las colecciones de cuentos de todos los géneros, desde las historias de fantasmas y de terror que elegía cuando era niño, hasta las colecciones de un mismo autor, que me reestructuraban el cerebro.

Mis colecciones preferidas no sólo me ofrecían cuentos, también me explicaban cosas que desconocía sobre los relatos del libro y el arte de la escritura. Respetaba a los autores que no escribían introducciones, pero nunca me gustaban tanto como los que conseguían que me diera cuenta de que cada uno de los relatos de la antología estaba escrito, conformado palabra por palabra, por un ser humano que pensaba, respiraba, caminaba y, probablemente, incluso cantaba en la ducha, como yo.

En el mundo editorial se da por hecho que las colecciones de cuentos no venden. Es muy común que las antologías de relatos se vean como proyectos vanidosos o que los publiquen editoriales pequeñas, no se perciben como algo tan real como una novela. Sin embargo, para mí, los cuentos son esos lugares donde puedo volar, experimentar, jugar. Son sitios donde puedo cometer errores y vivir pequeñas aventuras, y reunir una pequeña colección como ésta provoca una sensación aterradora y reveladora a un mismo tiempo: cuando reúno cuentos reaparecen temas, se reorganizan y se vuelven más claros. Entiendo sobre qué he estado escribiendo la década anterior.

IV. DISCULPA GENERAL

Considero que los libros de cuentos deberían ser una misma cosa de principio a fin. No deberían ser una mezcla y agrupar, de cualquier forma, historias que obviamente no fueron creadas para cohabitar entre las mismas cubiertas. En resumen, no deberían contener historias de miedo y fantasmas, ciencia ficción y cuentos de hadas, fábulas y poesía, todo en el mismo libro. Deberían ser respetuosas.

En ese aspecto, esta compilación es un fracaso.

Y por ese fallo, y por muchas más cosas, pido vuestra indulgencia y vuestro perdón, y espero que entre estas páginas encontréis algún cuento que de otra manera jamás habríais leído. Mirad. Aquí hay uno muy corto que os está esperando ahora:

Sombras

Hay criaturas que cazan. Hay otras que recolectan. Las Sombras acechan. A veces, ciertamente, merodean. Pero sobre todo acechan.

Las Sombras no construyen telarañas. Su telaraña es el mundo. Las Sombras no excavan fosas. Si estás aquí es porque ya has caído.

Hay animales que te persiguen, que corren más rápido que el viento, incansables, para hincarte los colmillos, para abatirte. Las Sombras no persiguen a sus presas. Se limitan a ir al lugar donde vas a estar cuando termine la persecución, y te esperan allí, en algún sitio oscuro e indeterminado. Encuentran el último rincón donde mirarías y aguardan, todo el tiempo que sea necesario, hasta que efectivamente miras y por fin las encuentras.

No puedes esconderte de una Sombra. Ellas llegaron primero. No puedes correr más rápido que una Sombra. Te están esperando al final del camino. No puedes luchar con-

tra una Sombra, porque son pacientes, esperarán hasta el último día, el día en que pierdas el ansia de luchar, el día en que te hartes de pelear, el día en que se haya asestado ya el último golpe, la última puñalada, y se haya dicho la última crueldad. Entonces, y sólo entonces, saldrá la Sombra.

No comen nada que no esté maduro. Mira detrás de ti.

V. ACERCA DEL CONTENIDO DE ESTE LIBRO

Bienvenido a estas páginas. Aquí puedes leer algo sobre los cuentos que encontrarás en este libro, o puedes saltarte esta introducción y volver para repasar mis comentarios cuando hayas terminado los cuentos. Soy un tipo fácil.

Cómo montar una silla

Algunos días las palabras se niegan a salir. Esos días acostumbro a revisar algo que ya existe. Ese día monté una silla.

Un laberinto lunar

Conocí a Gene Wolfe hace más de treinta años, cuando yo era un periodista de veintidós, y lo entrevisté para hablar de su novela en cinco volúmenes *El libro del sol nuevo*. Nos hicimos amigos durante el transcurso de los cinco años siguientes y no hemos dejado de serlo desde entonces. Es un buen hombre y un buen escritor, muy profundo, siempre astuto, siempre inteligente. Su tercera novela, *Paz*, la escribió cuando yo era casi un niño, y es uno de mis libros preferidos. Su última novela, *The Land Across*, ha sido el libro que más he disfrutado este año, y es tan engañoso y peligroso como cualquiera de los que ha escrito.

Uno de los mejores cuentos de Gene se titula «A Solar Labyrinth». Trata sobre un laberinto de sombras y es una historia más oscura de lo que parece.

Escribí este cuento para Gene. Después de todo, si existen laberintos solares, también deberían existir los lunares, y también un lobo, como el que esconde su apellido, que le aúlle a la luna.

Lo que pasa con Cassandra

Cuando tenía unos catorce años me parecía más sencillo imaginar una novia que tenerla, porque eso significaba tener que hablar con una chica de verdad. Así que decidí que escribiría el nombre de una chica en las tapas de mis libros de ejercicios y negaría conocerla cuando alguien me preguntara por ella, cosa que, imaginé con cariño, haría que todo el mundo pensara que tenía novia de verdad. No creo que funcionara. Nunca llegué a imaginar nada sobre ella aparte de su nombre.

Escribí este cuento en agosto de 2009 en la isla de Skye mientras Amanda, mi novia por aquel entonces, tenía la gripe y estaba en cama intentando recuperarse. Cuando se despertaba, yo le llevaba sopa y bebidas con miel y le leía lo que había escrito. No estoy seguro de cuánto recordará.

Les entregué el cuento a Gardner Dozois y George R. R. Martin para su antología *Songs of Love and Death*, y sentí un alivio desmesurado cuando supe que les había gustado.

En la oscura profundidad del mar

El periódico *The Guardian* celebraba el día mundial del agua con una semana de cuentos sobre ese elemento. Yo me encontraba en Austin, Texas, durante el South by Southwest Festival, donde estaba grabando los audiolibros de

El océano al final del camino, y mi primera colección de cuentos, *Humo y espejos*.

Estaba pensando en el teatro Grand Guignol, en monólogos desgarradores susurrados por actores solitarios a un público entregado, y recordando algunas de las historias más dolorosas de *El calendario Newgate*. Y en Londres, bajo la lluvia, lejos de Texas.

«*La verdad es una cueva en las montañas negras...*»

Hay cuentos que desarrollas y hay cuentos que construyes, y luego hay cuentos que esculpes en una roca de la que vas descartando todas las cosas que no forman parte de la historia.

Yo quería editar una antología de cuentos que fueran lecturas geniales, fantásticas o con un toque de ciencia ficción, pero sobre todo que consiguieran que el lector no pudiera dejar de leer. Mi coeditor en ese proyecto fue Al Sarrantonio. Titulamos el libro *Stories*, que podría haber sido un buen título cuando aún no existía Google. Pero eso no era suficiente para editar el libro. Yo tenía que escribir un cuento para la antología.

He visitado muchos lugares peculiares del mundo, sitios que pueden apoderarse de tu mente y de tu alma y no soltarlas nunca. Algunos de esos lugares son exóticos e inusuales, y otros son corrientes. El más extraño de todos, por lo menos para mí, es la isla de Skye, en la costa occidental de Escocia. Y sé que no soy el único que lo piensa. Hay personas que cuando descubren Skye ya no se marchan de ella, e incluso aunque algunos nos vayamos, la isla neblinosa nos acecha y nos retiene a su manera. Allí es donde soy más feliz y donde me siento más solo.

Otta F. Swire escribió libros sobre las Hébridas y acerca de Skye en particular, y sus obras están llenas de datos extraños y esotéricos. (¿Sabíais que el 3 de mayo fue el día

que expulsaron al diablo del cielo y, por lo tanto, ese día es imperdonable cometer un crimen? Lo leí en su libro sobre los mitos de las Hébridas.) Y en uno de sus libros mencionaba una cueva de las Cuillin Negras a la que, si eras valiente, podías ir y coger oro sin ningún coste, pero, tras cada una de tus visitas, la cueva te haría más malvado, te devoraría el alma.

Y esa cueva, y su promesa, empezó a quitarme el sueño.

Elegí varias historias verdaderas (o de las que se dice que son ciertas, que es casi lo mismo), se las confié a dos hombres, los situé en un mundo que es casi nuestro pero no del todo, y narré una historia sobre venganza y viaje, deseos de oro y secretos. Gané el premio Shirley Jackson a la mejor novela corta (y *Stories* ganó el premio a la mejor antología) y el Locus a la mejor novela corta, y estaba muy orgulloso de mi relato.

Antes de que se publicara, yo debía aparecer en el escenario de la Ópera de Sídney, y me preguntaron si podía hacer algo con el cuarteto FourPlay String Quartet (la banda de rock de los cuartetos de cuerda, un grupo alucinante, muy versátil, con seguidores muy fieles), quizá algo con imágenes artísticas que se pudieran proyectar en el escenario.

Pensé en «La verdad es una cueva en las montañas negras...»; tardaría setenta minutos en leerlo. Me pregunté qué pasaría si un cuarteto de cuerda creaba una banda sonora emotiva y espectacular que sonara mientras yo relataba la historia, como si fuera una película. ¿Y si el artista escocés Eddie Campbell, el mismo que hizo los dibujos de *From Hell*, de Alan Moore, escritor y dibujante de *Alec*, mi cómic preferido, creara las ilustraciones para mi cuento más escocés y se proyectaran sobre mi cabeza mientras yo leía?

Cuando salté al escenario de la Ópera de Sídney estaba asustado, pero la experiencia fue alucinante: el público acogió el cuento con una gran ovación, y a continuación hicimos una entrevista (el artista Eddie Campbell era el entrevistador) y recitamos un poema, también con FourPlay.

Seis meses después repetimos la actuación, en esa ocasión con más dibujos de Eddie, en un hangar enorme en el marco de un festival en Hobart, Tasmania, frente a tres mil personas, y a la gente volvió a encantarle.

Y entonces se nos presentó un dilema: las únicas personas que habían visto la actuación estaban en Australia. Por algún motivo parecía injusto. Necesitábamos una excusa para viajar y llevarnos al cuarteto de cuerda FourPlay por todo el mundo (son un grupo de músicos brillantes y cultos, empapados de cultura pop: me enamoré de su versión del tema introductorio de *Doctor Who* antes de conocerlos). Por suerte, Eddie Campbell había cogido sus dibujos y había hecho muchos más, y luego dispuso el texto de tal forma que el resultado quedaba a medio camino entre un cuento ilustrado y una novela gráfica; HarperCollins lo publicaría en Estados Unidos y *Headline* en el Reino Unido.

Salimos de gira, FourPlay, Eddie y yo, por San Francisco, Nueva York, Londres y Edimburgo. Recibimos una gran ovación en el Carnegie Hall, y no pudo ir mejor.

Todavía me estoy preguntando qué parte de la historia escribí yo, y qué parte sencillamente me estaba esperando, igual que las rocas grises que aguardan como huesos en las suaves colinas de Skye.

Mi última casera

Este cuento lo escribí para la Convención Mundial del Terror. Ese año se celebraba en Brighton. Durante los días que dura la convención, Brighton se convierte en una ciudad costera bulliciosa, creativa, atrevida y fascinante. Sin embargo, cuando era niño, solíamos ir a Brighton fuera de temporada y era un lugar deprimente, frío y sanguinario.

Es evidente que este cuento está ambientado en esa Brighton, que desapareció hace ya mucho tiempo, y no en

la ciudad actual. No tienes nada que temer si hoy en día te alojas en un hostel de la ciudad.

Una historia de aventuras

Ira Glass me encargó este cuento para su programa de radio «This American Life». A él le gustó, pero a sus productores no, así que les mandé un artículo de opinión explicando que «las aventuras están todas muy bien, pero aún queda mucho por decir sobre la gente que come tres veces al día y sobre la liberación del dolor», y esta historia acabó publicándose en la revista *McSweeney's Quarterly*.

Había estado pensando mucho sobre la muerte, y en que cuando las personas mueren se llevan consigo sus historias. Creo que es una especie de complemento de mi novela *El océano al final del camino*, por lo menos en ese sentido.

Naranja

Jonathan Strahan es un buen hombre y un buen editor. Vive en Perth, en la costa occidental de Australia. Tengo la mala costumbre de romperle el corazón escribiendo algo para una antología que está editando para arrebatárselo después. Aunque siempre intento compensarle escribiendo otra cosa. Este cuento es una de esas otras cosas.

La manera de contar una historia es tan importante como la historia en sí misma, aunque normalmente la forma de contarla es un poco menos evidente que en este caso. Yo tenía un cuento en la cabeza, pero hasta que se me ocurrió la idea del cuestionario no encajaron todas las piezas. Escribí el cuento en aeropuertos y en el avión de camino a Australia, donde iba a asistir al festival de escritores de Sídney, y lo leí más o menos un día después de aterrizar, ante un público numeroso y ante mi pálida y si-

niestra ahijada, Hayley Campbell, cuyas quejas sobre las manchas naranjas de la nevera quizá inspiraron esta historia.

Un calendario de cuentos

Ésta fue una de las experiencias más raras y más agradables que he tenido en los últimos años.

Cuando era pequeño me encantaban los cuentos breves de Harlan Ellison. Me gustaban las historias y me gustaba su forma de explicar cómo las había escrito. Aprendí muchas cosas de Harlan, pero lo que más me impactó de todo lo que leí en sus introducciones fue, sencillamente, la idea de que la única manera de escribir una historia era escribirla. Presentarse y hacerlo.

Y nunca me pareció más claro o evidente que cuando Harlan explicaba que había escrito tal cuento, o tal otro, en el escaparate de una librería, o mientras estaba en directo en la radio, o en alguna situación parecida. Decía que las personas le sugerían títulos o palabras. Le estaba demostrando al mundo que la escritura era un oficio, que no era magia. En algún lugar había un escritor sentado en su silla escribiendo. Me encantó la idea de intentar escribir en el escaparate de una tienda.

Pero pensé que el mundo había cambiado. Ahora cualquiera disponía de un escaparate que permitía a cientos de miles de personas pegar las caras al cristal y mirar.

BlackBerry se puso en contacto conmigo y me preguntó si me gustaría participar en un proyecto relacionado con las redes sociales, cualquier cosa que yo quisiera, y parecieron encantados cuando les sugerí que quería escribir «Un calendario de cuentos», donde cada relato derivaría de la respuesta a un tuit sobre los meses del año. Preguntas como: «¿Por qué enero es un mes peligroso?» «¿Qué es lo más extraño que has visto en julio?» (Alguien llamado @mendozacarla

contestó «un iglú de libros», y supe cuál sería mi historia.)
«¿A quién te gustaría volver a ver en diciembre?»

Yo formulé las preguntas, recibí decenas de miles de respuestas y elegí doce.

Escribí las doce historias (marzo fue la primera, diciembre la última), y luego animé a la gente a que creara su propio arte a partir de los cuentos. Se hicieron cinco vídeos breves sobre el proceso y todo se subió a los blogs, se tuiteó y se compartió con todo el mundo, gratis, en internet. Fue fantástico crear historias en público. Harlan Ellison no es un gran admirador de cosas como Twitter, pero cuando se terminó el proyecto lo llamé por teléfono y le dije que él lo había inspirado y que esperaba que inspirase a alguien que hubiera estado siguiéndolo, tanto como me habían inspirado a mí los cuentos que él escribía en el escaparate de aquella tienda.

(Quiero agradecer sus tuits inspiradores a @zyblonius, @TheAstralGypsy, @MorgueHumor, @_NikkiLS_, @StarlingV, @DKSakar, @mendozacarla, @gabiottasnest, @TheGhostRegion, @elainelowe, @MeiLinMiranda, y @Geminitm.)

El caso de la muerte y la miel

Descubrí las historias de Sherlock Holmes cuando era un niño y me enamoré de ellas, nunca he olvidado a Holmes o al formidable doctor Watson, que era quien narraba los casos del detective; a Mycroft Holmes, el hermano de Sherlock; o a Arthur Conan Doyle, la mente que estaba detrás de todo. Me encantaba el racionalismo, la idea de que una persona inteligente y observadora pudiera coger un puñado de pistas y construir con ellas un mundo. Me encantaba descubrir quiénes eran esas personas, una historia detrás de otra.

Holmes lo coloreaba todo. Cuando empecé a tener abejas, siempre fui consciente de que sólo estaba siguiendo

los pasos de Holmes. Pero entonces me pregunté por qué Holmes había decidido ser apicultor. A fin de cuentas, no es el pasatiempo más intenso al que uno puede dedicarse tras la jubilación. Y Sherlock Holmes sólo estaba contento cuando estaba trabajando en un caso: la indolencia y la inactividad lo destrozaban.

Conocí a Les Klinger en la primera reunión de los Irregulares de Baker Street a la que asistí, en 2002. Me cayó muy bien. (Me gustó toda la gente que conocí allí: hombres y mujeres adultos que, cuando no estaban desempeñando sus cargos de juristas eminentes, periodistas, cirujanos y holgazanes, habían decidido creer que en algún lugar siempre era 1889 en el 221b de Baker Street, y que la señora Hudson estaría a punto de traer el té y aparecería acompañada de algún cliente importante.)

Escribí esta historia para Les y para Laurie King, para su colección *A Study in Sherlock*. La inspiró un tarro de miel blanca que me ofrecieron en la ladera de una montaña de China.

Pasé una semana escribiendo el cuento en una habitación de hotel, mientras mi mujer y mi hija pequeña y su amiga estaban en la playa.

«El caso de la muerte y la miel» fue nominado para el premio Anthony, para el Edgar y para el Silver Dagger de la Crime Writers' Association. El hecho de que no ganara ninguno de esos premios no mermó mi felicidad: nunca me habían nominado para ningún premio de género policiaco y es muy probable que nunca vuelva a ocurrir.

El hombre que olvidó a Ray Bradbury

Olvidé a mi amigo. Mejor dicho, lo recordaba todo de él excepto su nombre. Hacía una década que había muerto. Recordaba nuestras conversaciones telefónicas, el tiempo que habíamos pasado juntos, su forma de hablar y de ges-

ticular, los libros que había escrito. Decidí no ponerme a buscarlo en internet. Sencillamente acabaría recordando su nombre. Iba por ahí intentando recordar cómo se llamaba, y empecé a obsesionarme con la idea de que, si no podía recordar su nombre, sería como si nunca hubiera existido. Ya sabía que era una tontería, pero aun así...

Escribí «El hombre que olvidó a Ray Bradbury» como regalo para el noventa cumpleaños del autor, y para hablar sobre lo mucho que me había impactado cuando era niño, y también de adulto, y, en la medida de mis posibilidades, sobre lo que ese escritor le había hecho al mundo. Lo escribí como si fuera una carta de amor, una nota de agradecimiento y un regalo de cumpleaños para un escritor que me hizo soñar, me enseñó muchas cosas sobre las palabras y todo lo que podían conseguir, y que jamás me decepcionó, ni como lector ni como persona, mientras me iba haciendo mayor.

Mi editora en William Morrow, Jennifer Brehl (que ha editado este libro y todos los que he escrito para adultos desde *Los hijos de Anansi*), fue a verlo y le leyó la historia mientras él estaba en cama. El mensaje de agradecimiento que me mandó por vídeo significó mucho para mí.

Mi amigo Mark Evanier me contó que conoció a Ray Bradbury cuando era un niño de once o doce años. Cuando Bradbury se enteró de que Mark quería ser escritor, lo invitó a su despacho y se pasó medio día explicándole las cosas importantes: si quieres ser escritor, tienes que escribir. Cada día. Tanto si te apetece como si no. Le dijo que no se puede escribir sólo un libro y parar. Que es trabajo, pero que es el mejor trabajo que existe. Mark acabó siendo escritor, la clase de escritor que vive de la escritura.

Ray Bradbury era la clase de persona capaz de dedicarle medio día a un niño que quería ser escritor de mayor.

Descubrí los cuentos de Ray Bradbury cuando era un niño. El primero que leí fue «La vuelta a casa», que iba

sobre un niño humano que vivía en un mundo de monstruos del estilo de la Familia Addams, y quería encajar. Era la primera vez que alguien escribía un cuento con el que yo conectaba de una forma tan personal. Por mi casa había un ejemplar de *The Silver Locusts* (el título que se dio en el Reino Unido a *Crónicas marcianas*). Lo leí, me encantó y me compré todos los libros de Bradbury que pude en la librería ambulante que se montaba en mi escuela una vez al trimestre. Descubrí a Poe a través de Bradbury. Había poesía en los cuentos y no importaba que se me pasaran muchas cosas por alto: lo que sacaba de ellos me bastaba.

Algunos escritores que leí y me encantaron de niño me decepcionaron cuando me hice mayor. Pero con Bradbury eso nunca me pasó. Sus historias de terror seguían siendo igual de espeluznantes, sus fantasías oscuras eran igual de oscuramente fantásticas, sus historias de ciencia ficción (a él nunca le interesó la ciencia, sino las personas, y por eso sus historias son tan buenas) seguían asombrándome tanto como cuando era un crío.

Era un buen escritor y se le daban bien muchos géneros distintos. Fue uno de los primeros autores de ciencia ficción que escapó de las revistas *pulp* y empezó a publicar en las más sofisticadas. Escribió guiones para películas de Hollywood. Se hicieron buenas películas basadas en sus novelas y cuentos. Mucho antes de que yo me convirtiera en escritor, Bradbury era uno de los escritores en los que otros escritores aspiraban a convertirse.

Un cuento de Ray Bradbury tenía significado en sí mismo, no te desvelaba nada sobre el tema de la historia, pero te hablaba de atmósfera, de lenguaje, de una especie de magia que se colaba en el mundo. *La muerte es un asunto solitario*, su novela de detectives, es tan propia de Bradbury como *La feria de las tinieblas* o *Fahrenheit 451* o cualquiera de las de terror, o de las de ciencia ficción, o de realismo mágico, o del realismo que se puede encontrar en las colecciones

de relatos. Él era un género en sí mismo, y con sus propias reglas. Un joven de Waukegan, Illinois, que se fue a vivir a Los Ángeles, se instruyó por su cuenta en las bibliotecas y escribió hasta que empezó a hacerlo bien, luego cambió de género y se convirtió en un género en sí mismo, a menudo imitado, pero absolutamente inimitable.

Lo conocí cuando yo era un escritor joven y él estaba en el Reino Unido para asistir a una fiesta en el Museo de Historia Natural con motivo de su setenta cumpleaños. Nos hicimos amigos de una forma extraña y enrevesada, sentándonos juntos en las firmas de libros y en los eventos. Yo asistí durante años a las charlas de Ray. A veces era yo quien lo presentaba al público. Hice de maestro de ceremonias cuando la Asociación de escritores de ciencia ficción y fantasía de Estados Unidos lo nombró Gran Maestro: él les habló de un niño al que había estado observando; sus amigos se metían con él porque quería entrar en una juguetería y los demás consideraban que ya era mayor para eso, y Ray explicó que tuvo la tentación de convencer a ese niño de que no hiciera caso a sus amigos y disfrutara con los juguetes.

Habló del pragmatismo de la vida de un escritor («¡Tenéis que escribir!», le decía a la gente. «¡Tenéis que escribir cada día! ¡Yo sigo escribiendo cada día!»), y acerca de seguir siendo un niño (dijo que tenía memoria fotográfica, que se remontaba a cuando era un bebé, y tal vez fuera verdad), sobre la felicidad, sobre el amor.

Era amable y noble, tenía ese carácter agradable del Medio Oeste que en lugar de percibirse como una falta de personalidad es algo positivo. Era entusiasta, y daba la impresión de que ese entusiasmo lo mantendría vivo para siempre. Le gustaba mucho la gente. Dejó un mundo mejor y dejó sitios mucho mejores en el mundo: las arenas rojas y los canales de Marte, los Halloween del Medio Oeste y los pueblos pequeños y los carnavales oscuros. Y siguió escribiendo.

«Al echar la vista atrás y contemplar tu vida, te das cuenta de que el amor era la respuesta para todo», dijo Ray en una ocasión, en una entrevista.

Dio a la gente muchos motivos para quererlo. Y le quisimos. Y, de momento, no lo hemos olvidado.

Jerusalén

La BBC me encargó este cuento para su semana dedicada a William Blake. Me preguntaron si podía escribir un relato inspirado en alguno de sus poemas para leerlo en Radio Cuatro.

Yo había visitado Jerusalén poco antes y me pregunté qué haría falta para construir Jerusalén en la tierra verde y apacible de Inglaterra. Y qué clase de persona querría hacer algo así.

Me invento muchas cosas, pero el síndrome de Jerusalén es real.

Clic-Clac, el sonajero

Escribí este cuento en casa de mis amigos Peter Nicholls y Clare Coney, en Surrey Hills, Melbourne (Australia). Era Navidad. Por extraño que parezca, y a pesar del calor que hacía, fue una Navidad blanca: durante nuestra comida de Navidad, cayó una granizada espesa —con piedras del tamaño de canicas— que cubrió el césped de los Coney-Nicholls como una manta. Escribí el cuento para un libro acerca de nuevos monstruos, editado por Kasey Lansdale, pero primero lo publicó Audible en formato de audiolibro en Estados Unidos y en Gran Bretaña. Lo regalaban gratis por Halloween y donaban una cantidad de dinero a buenas causas por cada persona que se lo descargaba. Todo el mundo estaba contento, excepto los que se

descargaron el cuento, lo escucharon por la noche y luego tuvieron que ir por sus casas encendiendo todas las luces.

La casa que aparece en el cuento está inspirada en la de mi amiga Tori, que vive en Kinsale, Irlanda, y que obviamente no está encantada; es probable que el ruido que hacen los habitantes del piso superior al mover armarios de un lado a otro cuando tú estás abajo a solas no sea más que algo propio de las casas viejas cuando creen que nadie está mirándolas.

Un conjuro contra la curiosidad

Los niños son muy sensibles a las injusticias, y ese sentimiento se queda afincado en nuestras mentes cuando nos hacemos mayores, por mucho que nos esforcemos por enterrarlo. Hace casi cuarenta años, cuando tenía quince, escribí un cuento para el simulacro del examen final de lengua, y me bajaron la calificación de una A a una C aduciendo, según explicaba el profesor en una nota adjunta, que «era demasiado original. Seguro que lo ha copiado de algún sitio». Todavía me duele. Muchos años después, cogí mi idea preferida de aquel cuento y la convertí en este otro. Estoy convencido de que la idea era original, pero fue un placer utilizarla para escribir un cuento dedicado a Jack Vance ambientado en el mundo de *La tierra moribunda*.

Los escritores viven en casas que construyen otras personas.

Los hombres y las mujeres que construyeron las casas en las que habitamos eran gigantes. Empezaron con un espacio árido y construyeron la ficción especulativa, pero siempre dejaban el edificio inacabado para que las personas que llegaran al marcharse ellos pudieran añadirle otra habitación, u otro piso. Clark Ashton Smith puso los cimientos para las historias de *La tierra moribunda*, y entonces llegó Jack Vance y las erigió altas y magníficas, con esa

forma que tenía de hacerlo todo alto y magnífico, y construyó un mundo en el que toda la ciencia es magia, en el fin de sus días, cuando el sol es tenue y está a punto de desaparecer.

Yo descubrí *La tierra moribunda* en una antología titulada *Flashing Swords* cuando tenía trece años. El cuento se llamaba «Morreion» y me hizo soñar. Encontré una edición de bolsillo británica de *La tierra moribunda* llena de erratas extrañas, pero los cuentos estaban allí y eran tan mágicos como «Morreion». En una librería de viejo, donde entraban hombres con abrigo a comprar pornografía de segunda mano, encontré un ejemplar de *Los ojos del sobre-mundo* y también libros minúsculos de cuentos breves —*The Moon Moth* es (lo pensé entonces y sigo pensándolo) el cuento de ciencia ficción mejor construido que se ha escrito jamás—, y por esa época se empezaron a publicar todos los libros de Jack Vance en el Reino Unido, así que de repente lo único que debía hacer para leer los libros de Jack Vance era comprarlos. Y lo hice: *Los príncipes demonio*, la *Trilogía Alastor* y los demás. Me encantaba cómo divagaba, me encantaba su forma de imaginar, y lo que más me gustaba era su modo de escribirlo todo: con ironía, con delicadeza, con diversión, como se divertiría un dios, pero sin que eso menoscabara nunca lo que escribía, como James Branch Cabell, pero con corazón además de cerebro.

De vez en cuando me descubro construyendo alguna frase a la manera de Vance, y cuando eso ocurre siempre me alegro, pero no es un escritor al que osaría imitar. Creo que es inimitable. Hay pocos escritores de los que me gustaban cuando tenía trece años a los que crea que seguiré recurriendo dentro de veinte. En cambio, seguiré releendo las historias de Jack Vance toda la vida.

«Un conjuro contra la curiosidad» ganó el premio Locus al mejor cuento, lo cual me encantó, pero consideré que se lo daban tanto a Jack Vance como a mi cuento, y el

premio emocionó y reivindicó a mi adolescente interior, que todavía se acuerda de aquel simulacro de examen final de lengua.

«Y llora, como Alejandro»

Para mí ha sido siempre una fuente de asombro que ninguno de los inventos que nos prometieron cuando yo era niño, esas cosas que debían hacer nuestras vidas mucho más divertidas e interesantes en el futuro, haya llegado a hacerse realidad. Tenemos ordenadores, y teléfonos que hacen lo mismo que hacían los ordenadores, pero no hay coches voladores, ni naves espaciales magníficas, ni hay formas sencillas de viajar a otros planetas (como decía Ted Mooney).

Escribí este cuento con el propósito de que formara parte de un libro para recaudar fondos para los premios Arthur C. Clarke. El libro, *Fables from the Fountain*, editado por Ian Whates, se basaba en el de Arthur C. Clarke *Cuentos de la taberna del ciervo blanco*, inspirado en los cuentos de taberna de principios del siglo XX. (Mis cuentos de taberna preferidos son los relatos de Lord Dunsany sobre el señor Joseph Jorkens.) Tomé el nombre de Obediah Polkinghorn de uno de los cuentos de Arthur C. Clarke, como homenaje al propio Clarke. (Lo conocí y lo entrevisté en 1985. Recuerdo que me sorprendió que tuviera un acento del Oeste tan marcado.)

Es una historia muy absurda, así que le puse un título un poco pretencioso.

Las nada en punto

He amado la serie televisiva «Doctor Who» con todo mi corazón y sin ninguna vergüenza desde que era un niño de tres años que iba a la Mrs. Pepper's School de Portsmouth y

William Hartnell interpretaba al Doctor. Escribí episodios de la serie casi quince años después, y fue una de las cosas más divertidas que he hecho. (Uno de ellos incluso ganó un premio Hugo.) En aquella época el Doctor era Matt Smith. Cuando Puffin Books me propuso escribir un cuento para su libro *Doctor Who: 11 Doctors, 11 Stories*, elegí basar mi relato en la primera temporada que interpretó Matt.

Teniendo en cuenta que es una serie que tiene quince años, tal vez creáis que hace falta saber mucho sobre el Doctor Who para disfrutar de este cuento, pero no es así. El Doctor es un extraterrestre, un Señor del Tiempo, el último de su especie, que viaja por el tiempo y el espacio en una cabina telefónica azul que es más grande por dentro que por fuera. A veces aterriza donde él quería ir. Si ocurre algo, él lo resuelve. Es muy inteligente.

Existe un juego en Inglaterra, o por lo menos existía cuando yo era niño, que se llama «¿Qué hora es, señor Lobo?». Es un juego divertido. A veces el señor Lobo te dice la hora. A veces te responde algo mucho más inquietante.

Diamantes y perlas: un cuento de hadas

La primera vez que estuve con la mujer que se convertiría en mi esposa fue porque ella quería hacer un libro con fotografías de sí misma muerta para acompañar su disco *Who Killed Amanda Palmer?* Llevaba haciéndose fotografías muerta desde que tenía dieciocho años. Me escribió y me dijo que nadie compraría un libro de fotografías de una mujer muerta que en realidad no lo estaba, pero que quizá lo compraran si yo escribía los pies de foto.

La fotografía Kyle Cassidy, Amanda y yo pasamos juntos unos cuantos días en Boston creando arte. Las fotografías que hizo Kyle eran como fotogramas de películas perdidas, y yo escribiría cuentos breves para acompañarlas. Por desgracia, muchos de los relatos no funcionan desvincu-

lados de las fotografías. (Mi preferido era un homicidio misterioso sobre una mujer asesinada por una máquina de escribir.)

Pero éste me gusta, y no hace falta ver la fotografía (de la joven Amanda con la boca abierta y un suelo cubierto de bisutería) para entenderlo.

El retorno del delgado duque blanco

El título es un verso de una canción de David Bowie, y la historia comenzó, hace algunos años, cuando una revista de moda le pidió al extraordinario artista japonés Yoshitaka Amano que creara algunas ilustraciones de moda de Bowie y su mujer, Iman. El señor Amano me preguntó si me gustaría escribir alguna historia para acompañar esos dibujos. Yo escribí la primera mitad del cuento con la idea de acabarlo en el siguiente número de la revista. Pero la revista perdió el interés antes de publicar la primera parte, y el cuento cayó en el olvido. Pensé que sería una aventura terminarlo para esta antología, averiguar lo que ocurriría y ver qué dirección tomaba todo. Aunque en algún momento lo había sabido (por fuerza tenía que saberlo), me descubrí leyendo el relato como un extraño y caminando solo entre las brumas para averiguar hacia dónde iba.

Terminaciones femeninas

La vida imita al arte, pero lo hace con torpeza, copia sus movimientos cuando cree que no está mirando.

A veces parece casi impío poner ciertos relatos sobre el papel, por miedo a que eso permita a los elementos de la historia influir en el mundo real.

Me pidieron que escribiera una carta de amor para un libro de cartas de amor. Recordé una estatua humana que

había visto en una plaza de Cracovia, una ciudad que tiene un dragón debajo.

Cuando conocí a la mujer con la que acabaría casándome, intercambiábamos anécdotas de nuestras vidas. Ella me contó que había hecho de estatua humana. Le envié este relato y no se asustó.

Poco después de conocernos, como regalo de cumpleaños, me sorprendió en un parque encarnando su estatua humana. Para representarla llevaba un vestido de novia que había comprado por veinte dólares y permanecía de pie encima de una caja. La llamaban «La novia de dos metros y medio». El día de nuestra boda se puso el vestido que llevaba cuando se transformaba en estatua humana. Nadie ha vuelto a ver el vestido desde ese día.

Ceñirse a las formalidades

A mí no me asusta la gente mala, los malhechores perversos, los monstruos ni las criaturas de la noche.

Las personas que me asustan son las que siempre están en posesión de la verdad. Las que saben cómo hay que comportarse y lo que deben hacer sus vecinos para estar en el bando de los buenos.

Todos somos los héroes de nuestras propias historias.

En este caso, es la Bella Durmiente. Quien, vista desde otro enfoque, también es la protagonista de...

La joven durmiente y el huso

Escribí este relato para la antología de Melissa Marr y Tim Pratt *Rags and Bones*, que se publicó con el subtítulo «Nuevos enfoques para cuentos eternos». Solicitaron a distintos escritores que crearan relatos basados en historias que hubieran influido en ellos. Yo elegí dos cuentos de hadas.

Me encantan los cuentos de hadas. Recuerdo el primero que descubrí, «Blancanieves y los siete enanitos», en un precioso libro ilustrado que mi madre me leía cuando yo tenía dos años. Disfrutaba mucho de la historia y de aquellos dibujos. Mi madre me lo leía, y pronto empecé a leerlo yo solo. Cuando crecí comencé a hacerme preguntas sobre las partes más raras de la historia, y escribí «Nieve, cristal, manzanas» (un cuento incluido en *Humo y espejos*).

También me encantaba la Bella Durmiente, en todas sus encarnaciones. De joven, durante mis primeros años como periodista, leí una docena de *best sellers* muy largos y me di cuenta de que podía reescribir la historia de la Bella Durmiente y convertirla en un superventas en el que los lectores encontrarán un alto contenido sexual, una multinacional maligna, un científico noble y joven y una jovencita presa de un coma misterioso. Decidí no escribirlo: me pareció demasiado calculado y la clase de libro que podría alejarme de la carrera de escritor a la que yo aspiraba.

Cuando Melissa y Tim me pidieron un cuento, me pregunté qué pasaría si los dos relatos ocurrieran al mismo tiempo. ¿Y si las mujeres que ya protagonizaban ambas historias tuvieran un papel activo en lugar de pasivo?

Es posible que este relato me guste más de lo que debería. (Ya está disponible en formato de cuento ilustrado, a cargo del formidable Chris Riddell.)

El oficio de bruja

Cuando era niño y leía libros de poesía, me preguntaba más de lo recomendable por la persona que contaba la historia. Todavía lo hago, incluso con mis propios poemas. En este caso hay una bruja y hay un espectador. También escribí este poema como regalo a modo de disculpa para Jonathan Strahan, cuando me di cuenta de que *El océano al final del camino* se estaba convirtiendo en una novela.

En Relig Odhráin

Ésta es una historia verídica. Bueno, tan verídica como puede serlo cualquier historia sobre un santo irlandés del siglo VI. El cementerio está allí, en Iona. Incluso se puede visitar.

No tenía intención de escribir este relato en forma de poema, pero la métrica me vino a la cabeza y ya no tuve ni voz ni voto en el asunto.

En aquella época solían sepultar gente viva en los muros o en los cimientos para asegurarse de que los edificios seguían en pie. Lo hacían incluso con los santos.

Black Dog

Conocimos a Baldur «Sombra» Moon en *American Gods*, y en esa historia se mete en una guerra entre dioses en América. En «El monarca de la cañada», un relato incluido en la antología *Objetos frágiles*, Sombra trabaja de portero en una fiesta en el norte de Escocia.

Está regresando a América, pero en esa historia sólo ha llegado hasta Peak District, en Derbyshire. (Éste fue el último relato del libro que escribí y es, como se explica en la sobrecubierta del libro, un cuento original de esta colección.)

Quiero agradecer a mis amigos Colin Greenland y Susanna Clarke que me llevaran al pub Three Stags Heads de Wardlow, porque con sus gatos, sus perros lurchers y todo lo demás inspiraron la introducción del relato, y a Colin quiero agradecerle que me explicara, cuando le pregunté acerca de los perros negros, que *Shuck el Negro* se paseaba por Trot Lane.

Queda una última historia por contar sobre lo que le ocurre a Sombra cuando llega a Londres. Y luego, si sobrevive a eso, será el momento de mandarlo de vuelta a

América. Lo cierto es que las cosas han cambiado mucho desde que se marchó.

VI. ÚLTIMO AVISO

En estas páginas hay muchos monstruos, pero como Ogden Nash señaló en mi primera colección de cuentos, *Humo y espejos*, donde hay un monstruo, también hay un milagro.

Hay relatos largos y relatos breves. Hay unos cuantos poemas que quizá necesitarían su propio aviso para las personas que se asustan, se inquietan o sufren de desconcierto terminal ante la poesía. (En mi segunda colección de cuentos, *Objetos frágiles*, intenté explicar que los poemas eran gratis. Son propinas para esas personas a las que no les preocupa que algún poema pícaro se cuele, de vez en cuando, en sus colecciones de cuentos.)

Ya está. Estáis avisados. Hay muchos elementos detonantes por ahí, que se cuelan entre la oscuridad, están haciéndolo incluso mientras escribo esto. Este libro está muy bien titulado. Ahora sólo debemos preocuparnos por todos los demás libros y, por supuesto, por la vida, que es inmensa y complicada y que no avisa antes de hacerte daño.

Gracias por venir. Disfrutad de las cosas que nunca sucedieron. Volved a poneros la máscara después de leer estos cuentos, pero no os olvidéis de ayudar a los demás.

NEIL GAIMAN

En una cabaña en la
oscuridad del bosque, 2014